

Pero ¿quién de nosotros aceptará la idea de no ser una persona que se perpetúa en el tiempo, de ser sólo un fenómeno extemporáneo sin cesar variable?

Renunciaremos á olvidar lo que nos rebaja, pero retendremos lo que nos eleva; por el contrario, conservaremos de la historia individual de nuestros congéneres únicamente lo que les degrada, porque la bajeza de un hecho produce por contraste la elevación de otro: los ladrones son los que hacen las personas honradas.

El lenguaje humano es el lenguaje del sentimiento y no el de la lógica; he aquí por qué es humano hablar de responsabilidad aunque sea ilógico el hacerlo; es humano hablar de mérito y de castigo y conservar á cada uno un nombre invariable á través de todas las transformaciones de su existencia. El lenguaje humano sirve, sobre todo, para las relaciones entre los hombres, y es inútil que estas relaciones sean lógicas; los errores desempeñan en él un papel igual y aun superior al de las verdades; para tener el derecho de negar la responsabilidad de los demás, sería preciso renunciar á la suya propia y, por consiguiente, á ser un hombre superior. Nadie lo aceptará mientras los hombres no hayan cambiado, y lo que sabemos de la evolución de nuestra especie no parece probar que el imperio de la razón esté próximo; los hombres no serán nunca lógicos, y tal vez debamos regocijarnos de ello, porque sería muy enojoso.

CAPITULO XV

LA VERDAD HUMANA

§ 47.—De la importancia que es preciso conceder á los sentimientos en la legislación.

He reproducido íntegramente en el capítulo anterior un artículo que publiqué antes de emprender este estudio de conjunto de las influencias originarias. Lo he reproducido de propósito, para mostrar cómo queriendo ser lógico, se es algunas veces incompleto. Cuando se quiere apreciar el valor de reglas que establecen actualmente las relaciones de hombre á hombre, hay que tener en cuenta todo lo que *actualmente* forma parte de la estructura del hombre. Y no se podría negar nadie á admitir que en la conciencia moral del hombre existen las nociones metafísicas de justo é injusto, de bien y de mal, de culpabilidad y de castigo. Que convenga con frecuencia desconfiar de estas nociones y de los móviles que de ellas puedan derivarse, creo haberlo demostrado suficientemente al exponer su origen; un hombre que se vea obligado por las

circunstancias á cometer, con un fin que su lógica le impone imperiosamente, algo que su conciencia moral reprueba, no se entristecerá tanto si se dice que su conciencia moral, herencia de una época pasada, puede no estar ya adecuada á las circunstancias actuales. Es preciso, pues, aun haciendo constar que la naturaleza humana contiene estas nociones y que, por consiguiente, debe desempeñar un papel en las relaciones entre hombres, no olvidar nunca que su carácter absoluto es el resultado de una ilusión.

Desde este punto de vista, todas las consideraciones precedentes sobre la génesis de nuestros sentimientos metafísicos son de una utilidad incontestable; ellas nos impiden ver en estos sentimientos guías perfectos.

¿Qué es, entonces, la verdad?

No nos dejemos arrastrar á la investigación ilusoria de una verdad metafísica absoluta. De igual modo que la lógica, resultado de la experiencia humana, permite establecer entre los objetos definidos á nuestra escala, relaciones que son del uso del hombre, del mismo modo la verdad, en las relaciones de los hombres entre sí, debe estar á la altura del hombre y formada de elementos humanos. Hace poco, por ejemplo, yo decía, entre otras cosas, que es la sociedad la culpable de los crímenes de los desgraciados. Antes de averiguar si es la sociedad ó el criminal el culpable, hay que preguntarse si hay una culpabilidad absoluta; de otro modo, la cuestión

no significa nada; y si se conoce el origen evolutivo de esta noción de culpabilidad, la única cuestión que se puede plantear en buena lógica, es investigar lo mejor para el conjunto de los hombres, y establecer leyes sin tener en cuenta las ideas metafísicas sino en tanto que intervengan como factores en las determinaciones humanas.

Una ley debe ser ventajosa para los hombres y no satisfacer un ideal discutible de justicia. Nosotros matamos á los perros rabiosos, y tenemos razón, aun cuando no haya en esto justicia, puesto que estos amigos de la especie humana no son, en modo alguno, responsables de la peligrosa enfermedad que han contraído sin saberlo, y aun algunas veces al defender á su amo contra un terrible enemigo. Hay, pues, leyes en las cuales el cuidado de la ventaja á obtener predomina sobre las influencias sentimentales.

La noción de responsabilidad, corriente entre los hombres, debe ser tomada en consideración, mas á condición de que sirva solamente para establecer el punto de partida entre las acciones conscientes y las acciones involuntarias, y que sobre todo no se vacile, si dificulta al legislador la investigación de algo mejor, en recordar que no tiene ningún valor absoluto, y, por consiguiente, puede prescindir de ella. Mientras las condiciones en que han aparecido no hayan sido profundamente modificadas, algunas de nuestras nociones metafísicas podrán ser de un buen em-

pleo corriente, con tal que no olvidemos jamás que tenemos el derecho de discutir sus órdenes. Pero esto es, precisamente, lo que nunca admitirán los fervientes adeptos de la Metafísica, y, sin embargo, cada uno de ellos habrá sido dolorosamente impresionado varias veces al encontrarse en la necesidad de obrar de otro modo del que le ordenaba una conciencia moral tiránica. Un ejemplo, desgraciadamente corriente, es el de los jóvenes que están colocados entre la preocupación de respetar la voluntad de sus padres y otro sentimiento igualmente poderoso: hagan lo que quieran, son desgraciados. El afecto que sentimos por nuestros padres (ó por los que han hecho de tales, porque este afecto no depende, como se ha pretendido, de los vínculos de la sangre), es el resultado de la costumbre que hemos adquirido desde niños de considerarles como los guías de nuestros actos y de obedecerles en todo en una época en que nuestra razón no estaba aún bastante desarrollada para bastarse á sí mismo. Más tarde, este afecto y esta sumisión han llegado á ser caracteres adquiridos, y persisten aunque no sean ya indispensables (1), lo mismo que persisten todos los carac-

(1) Por el contrario, cuando criamos un perro le somos siempre indispensables, y la autoridad que adquirimos sobre él no cesa nunca de ser legítima; por eso llegamos á ser para él un dios; el sentimiento religioso es en mi perro el respeto á mi indiscutible autoridad.

teres verdaderamente adquiridos, *independientemente de las condiciones exteriores.*

Como los hijos difieren de sus padres, puede haber conflicto entre las tendencias del hijo y las órdenes del padre, y este conflicto es tanto más violento cuanto que si el hábito ha desarrollado la sumisión en el primero, ha desarrollado igualmente la autoridad en el segundo. En las épocas de transición, sobre todo como la que actualmente atravesamos, las generaciones se siguen y no se parecen; también son muy raras las familias en las cuales no ha habido lucha dolorosa; en estas luchas se puede encontrar una imagen fiel de aquellas que se producen en cada individuo entre la conciencia moral y la razón.

§ 48.—El progreso.

Desde el momento en que se da uno cuenta del modo con que se ha introducido en la conciencia humana la noción de bien y de mal, de deber, de justicia, de perfección, no se puede ya conceder á la palabra progreso una significación absoluta; es evidente que cada cual apreciará con arreglo á sus tendencias personales los mejoramientos de la sociedad de que forma parte, y lo que constituirá progreso para uno será, por el contrario, para otro, una deplorable transformación.

Mientras la especie humana ha estado en lucha con las demás especies animales por la supremacía en el mundo, los hombres han debido considerar como progresos todos los descubrimientos que han aumentado su medio de acción contra competidores terribles; pero ésta no ha sido nunca sino una definición *humana* del progreso. Hoy, el hombre es definitivamente el rey del mundo, á causa de su ciencia y de los instrumentos por medio de los cuales ha sabido decuplicar su vigor nativo. No se puede, pues, hablar de progreso á realizar con relación á los demás animales; se debe, pues, reservar esta denominación de progreso á las modificaciones que, aumentando el patrimonio humano, hacen más prósperas á las sociedades. Es preciso, además, que la prosperidad que crece en las sociedades no se acompañe de un aminoramiento en la felicidad en los individuos. Siempre habrá en esto materia para la apreciación personal, y no quiero entretenerme en discutir estas apreciaciones.

Una de las consecuencias del hecho de que el hombre haya llegado á ser el rey del mundo, es que algunas de las particularidades adquiridas por nuestra especie en el curso de las primeras luchas contra los animales, no tienen ya hoy razón lógica de existir, lo cual no les impide formar parte integrante de nuestros individuos y estar en primera fila entre los factores de nuestras determinaciones. Cuanto más han tomado

la forma metafísica, más *indiscutibles* han llegado á ser; así la noción de fraternidad, herencia de una época en que era preciso unirse contra un enemigo específico, ha llegado á ser una noción absoluta que no tiene ya, sin embargo, razón de ser en la lucha entre explotadores y explotados.

Según las oscilaciones de la Historia, vemos nacer de vez en cuando entre ciertos grupos de hombres una fraternidad momentánea, resultante de una coalición contra enemigos comunes; pero como los enemigos comunes son igualmente hombres y la coalición no dura un gran número de generaciones, esta fraternidad de grupo no tiene tiempo de convertirse en una noción de metafísica indiscutible.

Así es como la idea de patria, aunque fuertemente arraigada en la mayor parte de los hombres, no es tan profunda como la idea de justicia ó de deber; el mismo hombre puede formar parte de dos coaliciones diferentes, tener dos patrias, y el afecto que tenga á una perjudicará forzosamente al que conserve por la otra.

El católico francés, por ejemplo, puede encontrarse en conflicto entre las obligaciones que le dicte su patriotismo y su afecto por la Iglesia cuando los intereses de ésta se encuentren en conflicto á su vez con los de Francia, y nada más curioso que la pretensión de los sacerdotes afirmando que sin el catolicismo no hay patria posible. Desde el momento en que los adeptos á

una religión formen una *iglesia*, esta iglesia será diferente de su patria y la perjudicará; á menos que se instituyan religiones de Estado; pero somos demasiado individualistas para aceptarlas, y no debemos olvidar que el egoísmo coexiste en nosotros con el altruismo.

§ 49.—El arte.

Desde el momento en que el hombre ha conquistado la preponderancia incontestada en la superficie de la Tierra, desde el momento en que no ha tenido que luchar sin tregua contra enemigos que le disputaban su alimento, ha podido tener *ocios*, es decir, que el trabajo necesario á su alimentación y su cooperación á la obra económica de la sociedad, le han dejado más tiempo del que necesitaba para reposar de sus fatigas; la ociosidad ha sido una de las consecuencias del progreso y uno de los principales factores de la evolución humana, á causa de la sensación insoportable que llamamos *fastidio* y que procede del hábito secular del trabajo. No teniendo nada que hacer en ciertos momentos desde el punto de vista económico, el individuo *habitado* á trabajar desde largas generaciones, ha tenido que crearse una actividad ficticia para satisfacer su necesidad de ocupación.

En muchos casos la ociosidad ha causado gue-

rras tan terribles como las guerras económicas; se ha atacado á los vecinos «por nada», «por gusto», por pasar el tiempo; los pueblos guerreros casi no conocían otra distracción, y nos ha quedado de nuestros antepasados la noción, más ó menos arraigada en nosotros según los individuos, de la *nobleza* del arte de las armas.

En ciertas épocas, por el contrario, la paz prolongada ha hecho nacer de la ociosidad de los hombres las artes que consideramos como el embellecimiento de la vida. La noción de lo *bello* tiene un origen tan fácil de concebir como la de lo *bueno*; pero mientras la noción del *bien* ha tenido por origen una obligación común á todos los miembros de una sociedad, la noción de lo *bello*, resultante de la percepción personal de lo agradable y de lo desagradable, ha sido naturalmente más individual. Es verdad que siendo los hombres de la misma especie, sus desemejanzas individuales no impiden que existan entre ellos semejanzas muy profundas; se puede, pues, pensar que ha habido en todo tiempo puntos comunes en los *gustos* de todos los hombres.

Estos puntos comunes son los que constituyen lo *bello* específico, lo *bello* humano (1); y natural-

(1) En este *bello* humano se encuentra muy poca cosa si se considera á la vez toda la humanidad; pero si se busca solamente la estética común á los miembros de una raza, el resultado es ya más considerable; la mezcla de las razas es la que ha preparado las mayores variaciones de estética individual.

mente, de este bello específico indiscutido, el hombre, como siempre, ha hecho poco á poco una noción metafísica: la de lo bello absoluto. Pero á medida que han transecurrido los siglos, que las condiciones de existencia han variado y que se han mezclado las diversas razas, los gustos de los hombres se han hecho cada vez más diversos; pero cada cual ha creído siempre poseer en sí mismo la noción absoluta de lo bello. Los artistas son aquellos que tratan de fijar en obras duraderas su ideal de belleza; naturalmente, como acabamos de ver, la obra de arte es eminentemente personal; es el reflejo de la naturaleza propia del artista, y por eso el arte difiere esencialmente de la ciencia, que es impersonal. Yo he dedicado todo un volumen á consideraciones sobre las ciencias (*Les lois naturelles*), y no podría abandonarme á reflexiones tan extensas sobre las artes; pero creo deber señalar, sin embargo, algunas observaciones con motivo del antagonismo de las tendencias artísticas y de las tendencias científicas; reproduzco, pues, aquí un artículo anteriormente publicado sobre este punto.

§ 50.—La magia de las palabras (1).

En los cantones salvajes del centro de la baja Bretaña, allí donde la falta de caminos de hierro

(1) *Annales de la jeunesse laïque*, Noviembre de 1903.

ha conservado intacta la ignorancia y la sencillez de los antepasados, hay curanderos locales mucho más estimados de sus vecinos que los pobres médicos con título, perdidos en medio de aquellas poblaciones incultas. Cuando uno de estos curanderos visita á un enfermo, lo estudia á su modo, á fin de establecer un diagnóstico que nada tiene de común con los de la facultad; declara, por ejemplo, que el paciente está atacado del *signo de San Kadok* ó del *signo de Santa Radegunda* (1). Esto no significa, me parece, que San Kadok ni Santa Radegunda sean las causas de la enfermedad, ni hayan enviado la enfermedad en castigo de una falta de fervor, como Apolo envió la peste á los griegos lanzándoles flechas porque Agamenón había faltado á la consideración debida á su sacerdote Chryses; creo más bien que en el espíritu de mis compatriotas, los santos en cuestión tienen solamente el poder especial de curar estas enfermedades particulares, cualquiera que sea su origen, como los reyes de Francia curaban las escrófulas. Una vez establecido el diagnóstico, el paciente, si es transportable, ó en su defecto uno de sus parientes, parte en peregrinación para un sitio generalmente muy alejado, consagrado al santo encargado de la curación de la enfermedad de que se trata. En-

(1) El diccionario bretón de Le Gonibec, da como traducción de la palabra hidropesía: «drouk sant itrop», es decir, el mal de San Itrop. ¡He aquí un santo bien imaginado!

tonces, una de dos: ó cura ó no cura. Si cura, se llena de agradecimiento por San Kadok ó cualquier otro santo á quien se ha dirigido; si no cura, no por eso disminuye su fervor por los santos; sólo pierde algo de confianza en el curandero, que ha tomado por el signo de San Guirec ó de San Eflam lo que era tal vez el signo de San Ildut ó de San Gwennole.

Para cada enfermedad hay un cierto número de frases consagradas que hay que decir al santo encargado de la curación. He aquí, por ejemplo, lo que hay que decir tres veces seguidas, sin respirar, para obtener la intercesión de San Gildas, cuando se encuentra uno un perro rabioso:

Ki Klanv, Ké gant da hent,
mé wel Doué hag ar Zent
hag an aotrou Zant Weltas
a roío did a dreuz da vass.

«perro enfermo, sigue tu camino—yo veo á Dios y á los Santos—y el señor San Gildas—te dará en el rostro.»

Lo mismo sucede respecto á ciertas operaciones de pequeña cirugía. En el cantón de Vegard existió un curandero, célebre en toda Bretaña, que cura los esguinces y dislocaciones con masaje; pero lo que importa más que estas prácticas materiales son las palabras misteriosas que pronuncia al ejecutarlas (1).

(1) He visto recientemente en mis vecinos de campiña de Pleumer-Bodou, una superstición verdadera-

Hemos heredado de nuestros antepasados el respeto á las fórmulas; ellos creían en el poder de los encantamientos, sobre todo cuando estos encantamientos se componían de frases desprovistas de sentido. Muchos de nuestros contemporáneos, aun de los más instruídos, creen también en ello sin atreverse á confesárselo, al menos en ciertos casos, y no debemos admirarnos de encontrar muy vivas estas creencias en ignorantes á los cuales se enseña desde muy pronto á decir en latín plegarias de las cuales no comprenden ni una palabra. Un campesino bretón ha tragado recientemente, cuidadosamente arrollada en forma de píldora, una receta de un médico; sin duda atribuía á las misteriosas palabras escritas en la hoja de papel una virtud mágica análoga á la de las palabras que pronuncia el sacerdote en la consagración.

Este ignorante era lógico; nos burlamos de él sin advertir que con mucha frecuencia cometemos necedades del mismo orden. Explicamos la vida por medio de palabras que nada significan, y es, pues, muy natural que se trate las enfermedades de la vida mediante otras palabras. La in-

mente interesante con motivo del valor de las palabras. En una isla de la costa, la isla de Agaton ó de «A Canton» ha existido en otro tiempo un santuario de San Andrés (en bretón Andreo), del que aún quedan algunos vestigios; se va allí en peregrinación para curarse de la coqueluche, porque la palabra coqueluche (*dreo*), precedida del artículo (*ann*), hace *ann dreo*, que se pronuncia como el nombre del santo.